

# EL ÁRBOL DE LA VIDA

# Biblia y temas de hoy

Luigino Bruni

# El árbol de la vida

Mercado, dinero y relaciones humanas  
en el libro del Génesis



Ciudad Nueva

El contenido de este libro se basa en los editoriales publicados por el Prof. Luigino Bruni en el periódico *Avvenire* entre el 16 de febrero y el 30 de agosto de 2014. Nuestro agradecimiento al director, Marco Tarquinio.

Traducción: *Isaías Hernando*

Edición: *Ana Hidalgo*

Maquetación y diseño gráfico: Antonio Santos

© 2016 Editorial Ciudad Nueva

José Picón 28 - 28028 Madrid

[www.ciudadnueva.com](http://www.ciudadnueva.com)

ISBN: 978-84-9715-347-8

Depósito legal: M-10.702-2016

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: Estugraf Impresores - Ciempozuelos (Madrid)

## *Introducción*

### *Un viaje al final de la noche*

¿No habéis oído hablar de aquel hombre loco que en pleno día encendió una linterna y se puso a recorrer el mercado gritando sin cesar «busco a Dios, busco a Dios»? Como había allí muchos que no creían en Dios, su grito provocó una gran carcajada.

F. Nietzsche, *Así habló Zaratustra*

Hay momentos históricos en los que los pueblos advierten que lo viejo ha pasado, que se ha acabado un *mundo* determinado, y sienten un deseo apremiante de que llegue lo nuevo. Nuestro tiempo es uno de esos momentos. Al menos en esta Europa que está atravesando una gran noche cultural, que antes o después pasará, pero aún no sabemos a qué precio ni con qué resultado.

Debemos emprender un «viaje al final de la noche», que solo puede empezar a partir de la esperanza colectiva de que esta noche desembocará en una nueva aurora. La soledad, la tristeza, la inmunidad recíproca y la indiferencia hacia los pobres no pueden ser las últimas palabras de lo humano, ni tampoco las de nuestra generación.

No podemos ni queremos aceptarlo.

Ponerse en camino no consiste en esperar con pasividad la llegada del nuevo día, sino en moverse hacia Oriente

para salir al encuentro del sol que se levanta y adelantar así su llegada. Caminar implica trabajo, también en el ámbito de la cultura y el pensamiento. Es un trabajo doloroso porque va en dirección contraria a toda una avalancha de «pensadores» a sueldo de quienes obtienen pingües y crecientes beneficios de la soledad, la tristeza y la inmunidad de hoy.

Este capitalismo pasará, porque en su última etapa no ha sido capaz –ni nosotros *con* él ni *en* él– de orientar los deseos más fuertes de los seres humanos hacia los bienes –las cosas buenas– y se ha conformado con las mercancías. Pero cuando se hace desaparecer del horizonte todo lo que no está en venta, también los deseos se degradan al nivel de las mercancías, y así acabamos por desear solo lo que encontramos en los mercados.

Decir Europa y Occidente es decir humanismo judeocristiano en sus distintas declinaciones, florecimientos, contaminaciones, enfermedades y reacciones, pero sobre todo en sus copiosos y extraordinarios frutos de civilización. Este humanismo tiene unos códigos fundacionales precisos. Uno de ellos, el más profundo y fecundo, es el gran código bíblico, que desde el Génesis hasta el Apocalipsis nos viene proporcionando durante milenios las palabras de la política y el amor, la muerte y la economía, la esperanza y la desventura.

En una época en que nuestras palabras están cansadas y ya no dicen nada porque están «ajadas» y reducidas a un «soplo del viento» (Qohélet), tenemos que emprender viaje en busca de palabras más grandes que nosotros y que nuestra edad. Algunas de estas palabras de vida se encuentran en la literatura, en la poesía, en el arte y también en los

grandes mitos y narraciones populares que nos han salvado y siguen salvándonos durante las guerras y las carestías.

Pero hay otras palabras, historias y narraciones más grandes y más profundas. Son las de la Biblia, que han alimentado e inspirado nuestra civilización, vividas y leídas una y otra vez por cientos de generaciones, que han llenado de contenido nuestras obras de arte más hermosas, los sueños de niños y adultos, que nos han dado esperanza en los muchos exilios y esclavitudes que hemos pasado y pasamos. No hay historia de liberación más grande que la del éxodo, ni herida más fértil que la de Jacob, bendición más desesperada que la de Isaac, carcajada más seria que la de Sara, contrato más injusto que el de Esaú, obediencia más salvífica que la de Noé, pecado más vil que el de David contra Urías el hitita, desventura más radical que la de Job, llanto más fraterno que el de José, paradoja más grande que la de Abraham en el monte Moria, grito de parto más desgarrador que el de la cruz ni desobediencia más amante de la vida que la de las matronas de Egipto. Y si existen, yo aún no los he encontrado.

Muchas razones hacen grandes estas narraciones y relatos. Una de ellas es su radical ambivalencia, que, si se acepta y se acoge, permite evitar las dicotomías que son siempre la raíz primera de toda ideología.

Estas historias nos dicen, por ejemplo, que la fraternidad siempre linda con el fratricidio, que son los dos caminos que se bifurcan en las muchas encrucijadas de la historia de las personas y de los pueblos. La Biblia nos invita a ponernos en las encrucijadas de estos dos caminos y a tomar conciencia de que ambos son siempre posibles y que nuestra responsabilidad consiste en hacer que las razones de la fraternidad prevalezcan sobre las del fratricidio.

Todos estos grandes relatos son sobre todo un don gratuito de palabras que no poseemos, palabras que se nos dan para rezar, pensar, sentir y amar. Cuando nos faltan historias y palabras grandes, tomamos prestadas las palabras de las tertulias y las series televisivas, pero con esos ladrillos tan pequeños solo conseguimos construir chabolas. En cambio, con los ladrillos de la esclavitud de Egipto se pueden construir caminos de liberación. La Biblia siempre ha sido fuente de inspiración para la literatura, el arte y a veces también el derecho y la política. No así para la economía moderna que, salvo raras excepciones (Genovesi, Wicksteed, Viner y pocos más), no ha querido dejarse inspirar por el libro de los libros. La vida económica había estado demasiados siglos «bajo la tutela» de los textos sagrados –en temas como el crédito, el interés, etc.– y, en cuanto alcanzó la mayoría de edad, deseó y buscó su libertad, huyendo lejos. Pero hoy, unos cuantos siglos después, creo que es posible y necesario un nuevo diálogo en la libertad y en la reciprocidad.

La palabra bíblica tiene muchas palabras de vida para nuestra economía, y por consiguiente también para nuestra vida. Puede decirnos cosas que aún no ha dicho, porque hace demasiado tiempo que nadie le pide que hable. Si es cierto que la lectura de la Biblia puede enriquecer a la economía, no es menos cierto que la formulación de nuevas preguntas «económicas» puede hacer que esos textos digan cosas que aún no han dicho. La historia humana siempre ha sido un diálogo entre nuevas preguntas y nuevas respuestas. Si, por un lado, la palabra ha hecho avanzar a la humanidad, por otro lado, aunque en un plano distinto, también la historia de los hombres ha permitido



comprender nuevos significados de las escrituras (aquí radica la enorme dignidad de la historia).

Si la Biblia vuelve a hablar en las plazas, en las empresas y en los mercados, será en provecho de estos lugares humanos. Pero también el texto bíblico se verá enriquecido, pues podrá ofrecer nuevas respuestas que no había dado antes por falta de preguntas. Sin el alimento de las plazas y de los mercados, sin el humus de lo cotidiano, sin el esfuerzo del trabajo, el gran Libro no se puede convertir en el *árbol de la vida*.

Con estas premisas se abre este camino. Intentaré que esos textos antiguos digan palabras económicas y civiles contemporáneas, haciéndoles preguntas. Pero las preguntas más interesantes y necesarias hoy serán las que esos textos nos hagan a nosotros. Buena parte del reto consistirá no en actualizar estas páginas antiguas, sino en hacernos nosotros contemporáneos de ellas. Las hojaremos junto con milenios de historia, en compañía de muchos, creyentes y no creyentes, que han dialogado con la Biblia y la ha enriquecido, enriqueciendo también el mundo. La pasión descrita por Mateo es más luminosa después de Bach; Jacob es mejor después de Rembrandt; José es más hermoso después de Thomas Mann. Si no fuera así, la historia sería un inútil escenario de una representación teatral con un guión ya escrito, y aquellos libros lejanos ya no estarían vivos.

Si queremos salvarnos debemos imitar a las matronas de Egipto: desobedecer la orden homicida de los nuevos faraones y salvar a los niños. Así seguiremos teniendo una tierra.

